BREVE HISTORIA DE LOS SAMURÁIS

nowtilus

BREVE HISTORIA DE LOS SAMURÁIS

Carol Gaskin
Vince Hawkins

nowtilus

Colección: Breve Historia (www.brevehistoria.com)
www.nowtilus.com

Título original: *The ways of the Samurai*
Autor: Carol Gaskin & Vince Hawkins
Traducción: Diana Villanueva para Grupo ROS

© de la presente edición: ©2008 Ediciones Nowtilus SL
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Edición original en lengua inglesa:
© 1990 y 2003 por Byron Preiss Visual Publications.
©2003 Instructional Resources Corporation, de la ilustración de la portada y las de las páginas 29, 33, 39, 54, 76, 98, 108, 116.
© 2003 Vince Hawkins, de «Una vuelta a los usos de antaño», «La batalla de Nagashima», «Oda Nobunaga» y «Takeda Shingen».
«La cuarta batalla de Kawanakajima» © 2003 Sovereing Media y se usa con su permiso.

Editor: Santos Rodríguez
Responsable editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño de interiores y maquetación: Grupo ROS

Primera edición: Noviembre 2004
Segunda edición: Julio 2005
Tercera edición: Marzo 2007
Cuarta edición: Marzo 2008

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 9788497636384

Índice

Prólogo. Samuráis, los guardianes del sol naciente
de Juan Antonio Cebrián ix

I. El primer samurái 1

II. El enfrentamiento
entre los señores de la guerra 11

III. El cénit de los samuráis 23

IV. Historias del ronin 35

V. La vida diaria de un samurái 45

VI. Las costumbres del guerrero 55

VII. El arma secreta de los samuráis: los ninjas 63

VIII. El estudio de las artes marciales 71

IX. El legado samurái 77

Apéndice I. La cuarta batalla de Kawanakajima 81

Apéndice II. La batalla de Nagashino 101

Apéndice III. Una vuelta a los usos de antaño 113

Apéndice IV. Emperadores, regentes y sogunes de Japón .. 121

Glosario 131

Prólogo

Juan Antonio Cebrián presenta

Samuráis, los guardianes del sol naciente



Prólogo

Juan Antonio Cebrián presenta

Samuráis, los guardianes del sol naciente

Siempre admiré la condición y el alma de los antiguos guerreros medievales, hombres dispuestos a sacrificar sus vidas en la defensa de lo que ellos entendían como nobles ideales. Los caballeros europeos son sobradamente conocidos gracias a nuestra literatura más cercana, empero, los paladines de oriente, acaso por la distancia o por una ignorancia aceptada, han sido cubiertos por la bruma o por los fantasmas del recelo. Curiosamente, si nos ponemos a la tarea de comparar vida y obra de estos luchadores comprobaremos que, tanto los de aquí, como los de allí, no se diferencian en exceso en cuanto a determinadas pautas de comportamiento y pronto observaremos que hay pocas cosas que separen al Cid de un samurái Minamoto.

Según reza en las antiguas leyendas de la mitología japonesa, en el albor de los tiempos una bella diosa nipona contrajo tristeza de amor, de sus lagrimas brotaron islas que conformaron el archipiélago del sol naciente. Siglos más tarde, surgirían guardianes para proteger las costas y

territorios de una de las culturas más apasionantes de las que pueblan nuestro planeta.

Samurái, significa en japonés *servidor* y, eso es precisamente lo que esta casta guerrera e intelectual hizo durante su tiempo de hegemonía —servir a sus señores feudales—, esos mismos *daimio* que pugnaban por el control de un imperio cuya representación figurativa máxima es el crisantemo. Dicen que la vida de un samurái era bella y breve como la flor del ciruelo, por eso no es extraño que uno de sus lemas vitales fuera: «morir es sólo la puerta para una vida digna».

Estos magníficos caballeros mantuvieron una intensa vida militar entre los siglos XII y XVII. En ese periodo de luchas entre clanes, se les podía ver orgullosos a lomos de sus pequeños aunque resistentes caballos y fieles al ritual guerrero impuesto por el bushido, auténtico código de conducta para aquel que se formara en esta indomable casta. La liturgia del samurái antes de cada batalla sigue estremeciendo a todo aquel que se acerque a su historia. El poder contemplar a cualquiera de estos hombres en la preparación de un combate constituía un enorme espectáculo donde la intensidad y el honor lo invadían todo. Con sumo cuidado ceñían a su cuerpo majestuosas armaduras lacadas en negro en las que un sinfín de piezas ajustadas milimétricamente protegían a su dueño. La ceremonia se completaba cuando el samurái cogía sus armas personales en las que destacaba la katana, una infalible espada de 60 cm de largo elaborada con técnicas ancestrales sólo conocidas por escogidos maestros herreros, los cuales necesitaban tres meses para forjarlas. La tradición exigía que fuera la espada la que eligiera a su compañero, para

ello el guerrero se situaba ante un grupo expuesto por el forjador. La elección sólo dependía de las vibraciones comunes emitidas por la espada y el samurái. Una vez juntos no volverían a separarse jamás, entroncándose sus almas hasta el combate final.

Los samuráis ocupaban sus periodos de ocio en el perfeccionamiento del espíritu. Gustaban de la poesía y el teatro y se refugiaban con frecuencia en la creación de maravillosos jardines flotantes. Eran auténticos pensadores que engrandecieron Japón en diferentes ámbitos.

Su declive llegó cuando la paz y los tiempos modernos se instalaron en el país. En 1868 el 7% de la población japonesa se podía considerar samurái, es decir, dos millones de personas regentaban sus vidas basándose en el código bushido. Muchos, ante el temor popular que seguían infundiendo, se refugiaron en las ciudades convirtiéndose en artistas, comerciantes o profesores, otros, no tuvieron esa suerte quedando abandonados a la marginación o al alcoholismo.

En 1876 los samuráis se rebelaron ante el poder. Durante más de un año mantuvieron en jaque al gobierno con sus armas tradicionales. Sin embargo, el peso de la nueva tecnología bélica aplastó sus tradiciones y orgullo y más de 20.000 murieron acribillados por fusiles repetidores o ametralladoras de posición mientras realizaban sus últimas y gloriosas cargas de caballería. Fue la única manera que concibieron para morir de forma noble y justa con las enseñanzas recibidas, otros optaron por el seppuku o suicidio ritual, acabando sus días por su propia mano y no por la del enemigo.

En 1944 el espíritu samurái resurgió en forma de kamikazes que intentaban frenar el avance norteamericano

sobre sus islas. Como sabemos, todo fue inútil y aquel viento divino terminó por estrellarse contra el acero blindado de los buques aliados. No obstante, algo queda en la idiosincrasia nipona de aquellos bravos guerreros, lo vemos en su talante nacional, el mismo que ha impulsado a un imperio abatido por la guerra hacia los primeros puestos ocupados por las potencias que les vencieron.

En esta magnífica obra escrita por Carol Gaskin y Vince Hawkins, el lector viajará por los paisajes que acogieron a estos rotundos guerreros. Conocerá sus técnicas de combate, sus códigos de conducta y, sobre todo, el honor que impulsó sus vidas hasta las últimas consecuencias. Una historia apasionante que les invito a conocer dejándose llevar por la narración expuesta en estas vibrantes páginas. Estoy convencido que, tras la lectura de este libro imprescindible, nadie se verá empujado a realizarse el harakiri.

Juan Antonio Cebrián

I
El primer samurái

El campo estaba iluminado por antorchas que producían una luz fantasmal. Calmados, aunque alertas, los hombres esperaban que llegase el amanecer. Estaban preparados para la guerra, vestidos con los colores de la familia, envueltos por su armadura de metal atada con cordones de tonos brillantes y portando las armas al cinto. Sus estandartes ondeaban al viento, adornados con el emblema de su señor y líder. Los caballos permanecían quietos.

De repente, al despuntar el día, éstos cobraron vida. Los hombres se pusieron enseguida en movimiento. Y su líder, que lucía una magnífica armadura y sedas estampadas, se puso en pie. Su rostro quedaba escondido por una máscara de hierro que infundía terror y su casco llevaba los cuernos dorados de una luna creciente. Por un instante estuvo tan quieto como una estatua, escuchando y escudriñando el horizonte. Husmeó el aire y dirigió su mirada a los caballos. Entonces el gran señor de la guerra dejó salir un fiero grito de batalla. Los hombres se apresuraron para colocarse en sus posiciones.

A medida que el sol naciente bañaba el campo con un brillo levemente anaranjado, el enemigo se hizo visible de manera repentina: cientos de arqueros a caballo, gritando temibles gritos de guerra.

Los jinetes se encontraron cara a cara dispuestos en dos líneas de batalla que prorrumpían en un ruido atronador. Enseguida el aire sobre el campo de batalla estuvo cubierto de haces de flechas sibilantes. Heridos, los caballos caían al suelo, relinchando de dolor. Algunos guerreros intentaban extraer las flechas de sus miembros para continuar luchando hasta donde las fuerzas les permitiesen.

De repente, el campo de batalla enmudeció mientras una figura solitaria se adelantaba galopando. Su armadura llevaba la insignia del enemigo y su casco estaba decorado con grandes cuernos. Cabalgaba mientras gritaba su nombre y los nombres de su familia. «Ni mil hombres podrían conmigo. ¿Hay alguien que ose luchar contra mí?».

Respondiendo al desafío, el señor de la guerra adelantó su caballo. Los cuernos de su casco brillaban como el fuego en la mañana recién estrenada. «Mis antepasados valen cada uno *diez* mil hombres. ¡Nuestro honor es célebre a lo largo y ancho de toda esta tierra!».

Los dos guerreros cargaron el uno contra el otro a galope tendido, intentando que el adversario fuera el primero en retroceder. Ninguno de ellos podía permitir que lo llamaran cobarde. Llevados por el frenesí del momento sus caballos colisionaron violentamente y los combatientes cayeron al suelo.

En un instante, sacaron las espadas. El bruñido metal cortó el aire mientras los hombres se acechaban el uno al otro en una danza mortal. El roce de las afiladas hojas se

convertía en chispas. Al ver una posible entrada, el retador lanzó su espada al cuello de su contrincante. Éste se hizo rápidamente a un lado. «*¡Eeeeiiiii!*» gritó, blandiendo su espada delante de él. Lentamente, el guerrero del casco con cuernos se derrumbó cayendo al suelo herido de muerte. Agachándose sobre su enemigo, el guerrero de la luna creciente asestó un golpe final con su espada y con un grito de triunfo mostró a todos la cabeza de su enemigo.

Animados por la victoria, los hombres del jefe guerrero se lanzaron al ataque y sus enemigos se batieron rápidamente en retirada. La batalla había terminado. Los soldados estaban satisfechos. El general enemigo había sido un digno contrincante y había tenido una muerte honorable. ¿Pero quiénes eran estos fieros espadachines? ¿Según qué extrañas reglas luchaban?

Los guerreros eran samuráis, soldados profesionales que servían a los señores de la guerra rivales de Japón. Las historias de los samuráis y de su famoso código de honor han fascinado a generaciones.

Pero los primeros samuráis no eran conocidos por su destreza con la espada. Su camino era conocido como *El camino del arco y del caballo*.

El camino del arco y del caballo

Japón es un grupo de hermosas islas llenas de montañas en el océano Pacífico, en la costa este de Asia. Está separada de Rusia, China y Corea por el Mar del Japón.

En tiempos remotos, Japón era gobernado por un emperador y su corte. El emperador era tratado como un dios y se creía que descendía de la diosa sol, *Amateratsu*.

Por debajo del emperador estaban los nobles y por debajo de los nobles había muchas categorías de samuráis. Más abajo estaban los campesinos que trabajaban las tierras de los nobles. En aquellos tiempos, cualquiera podía ascender para convertirse en un samurái. Pero en el Japón posterior sólo aquellos que hubieran nacido de padres samuráis podían ostentar el rango de samurái.

La palabra *samurái* significa «servir». Originalmente, los samuráis eran soldados que servían a la corte imperial y eran absolutamente leales al emperador. Pero también protegían a las familias de los nobles.

Desde los tiempos más remotos, el arroz ha sido el producto más importante de la isla. Aquél que poseyera los campos de arroz controlaba la riqueza del país. Hacia el siglo XII, muchos hombres poderosos poseían tierras y castillos lejos del palacio del emperador en Kyoto. Para protegerse de las bandas de ladrones, y de ellos mismos, los nobles empezaron a tener sus propios ejércitos de samuráis. Las armas preferidas eran el arco y la flecha y la lanza.

El guerrero samurái seguía un código de honor llamado *bushido*, «el Camino del Guerrero» y prometía lealtad completa a su señor. Un samurái que se distinguiese en la batalla podía recibir un lote de tierras como recompensa.

Con el apoyo de sus ejércitos samuráis, los nobles ganaban el control de vastos territorios. Estas nobles familias comenzaron a aliarse para formar clanes que acabarían siendo más poderosos que el mismo emperador. Los clanes, con frecuencia, mantenían disputas entre ellos.

Finalmente, estalló la guerra civil entre los dos clanes más poderosos: el Minamoto o Genji, y el Taira o Heike. Y Japón entró en la Edad de la Espada.

El mayor tesoro del samurái: la espada

En las antiguas historias sobre el nacimiento de nuestro mundo, la primera espada siempre mencionada es un acero japonés llamado la *espada sagrada*. Esta poderosa arma fue forjada en la cola de una gigantesca serpiente de ocho cabezas, cuya parte inferior estaba escondida por nubes de humo negro.

La serpiente, que era tan alta como ocho montañas, gustaba de comer jóvenes doncellas. De manera que el héroe Susano-o, hijo del dios del fuego, se decidió a matar al monstruo. Engañó a la serpiente para emborracharla con *sake*, un vino de arroz muy fuerte. Una vez ebria la serpiente se quedó dormida y Susano-o la cortó en pedazos. Pero cuando llegó a la cola, la espada de Susano-o golpeó algo muy duro y se rompió en dos. Tanteando con sus manos en el interior de las oscuras nubes, descubrió la espada sagrada. Según la leyenda, la espada era uno de los tres tesoros que fueron entregados por los dioses al primer emperador de Japón para constituir las insignias reales o las joyas de la corona. (Un espejo de hierro y un collar fueron los otros dos). Así que la espada, un símbolo del poder divino del emperador, ha sido venerada por los japoneses desde los tiempos antiguos.

Tokugawa Ieyasu (1542-1616), uno de los jefes samuráis más importantes, llamó a la espada «el alma del samurái». En la época de Ieyasu sólo al samurái le estaba permitido llevar dos espadas. La más larga, la *katana*, era el arma principal en la batalla. La espada corta, la *wakizashi*, se usaba también en combate y, de ser preciso, en el suicidio ritual.

Para el orgulloso samurái, no había posesión más preciada que su espada. Se colocaba una espada en la habitación del samurái el mismo día de su nacimiento y también se depositaba una espada en su lecho de muerte al morir. A lo largo de su vida, el samurái acostumbraba a dormir con su espada cerca de su almohada y la llevaba consigo dondequiera que fuese.



La katana, *la espada larga*

Las espadas eran siempre tratadas con respeto. Cuando se visitaba a otro guerrero, el samurái podía colocar su katana en un armero especial cerca de la puerta o bien se le permitía a un criado llevársela sobre un paño de seda, pero siempre se quedaba con el wakizashi en su cinto.

Las espadas de los samuráis pasaban de generación en generación. Cualquier falta de respeto a la espada de un samurái era vista como un insulto hacia toda su familia.

Se consideraba una grave ofensa tocar de cualquier forma la espada de otro sin su permiso, una afrenta que podía resultar en un cruento duelo. Por este motivo, los samuráis tenían que tener cuidado para no rozarse entre sí al andar por la calle por ejemplo.

Los samuráis también creían que las mejores hojas de los mejores fabricantes de espadas tenían poderes espirituales en sí mismas. Las espadas que habían sido usadas en combate eran especialmente apreciadas. Pero los samuráis adinerados también buscaban nuevas espadas de espaderos famosos.

Aquellos que hacían las espadas eran reverenciados como artistas y hombres santos, y el taller de un forjador de espadas era considerado como un templo, donde se realizaba un trabajo sagrado. Un cartel típico a las afueras de un taller podía leerse como sigue: «Se pulen almas».

Se pensaba que la personalidad de un espadero pasaba a formar parte de sus obras. Así que antes de forjar una espada, un maestro forjador ayunaba para purificarse. Colgaba por su taller plegarias escritas en papel de arroz y se vestía con kimonos blancos, como un sacerdote, para trabajar en la forja encendida. Mientras trabajaba mantenía una concentración absoluta.

La espada de un samurái estaba hecha de hierro y acero, calentada en la forja y enfriada sucesivamente, o templada en una mezcla de aceite y agua. El acero era trabajado con el martillo, modelado una y otra vez hasta conseguir cuatro millones de láminas de metal. La hoja de la espada de un samurái era muy dura y extremadamente afilada, pero el cuerpo de la misma era más suave y flexible. Una vez acabada, la espada era guarnecida y se le añadía un

mango decorado. Tras lo cual la nueva espada podría ser puesta a prueba sobre el cuerpo de un criminal.

A la manera de un artista, un maestro hacedor de espadas solía firmar su trabajo. Pero el más famoso de todos los espaderos, Masamune (1264-1343), fabricó espadas tan peculiares que no necesitaba firmarlas. Masamune era tenido por un hombre profundamente religioso y se decía que sus espadas poseían un gran poder espiritual.

El principal rival de Masamune, Muramasa, fue también un hábil espadero. Pero Muramasa amaba la guerra.



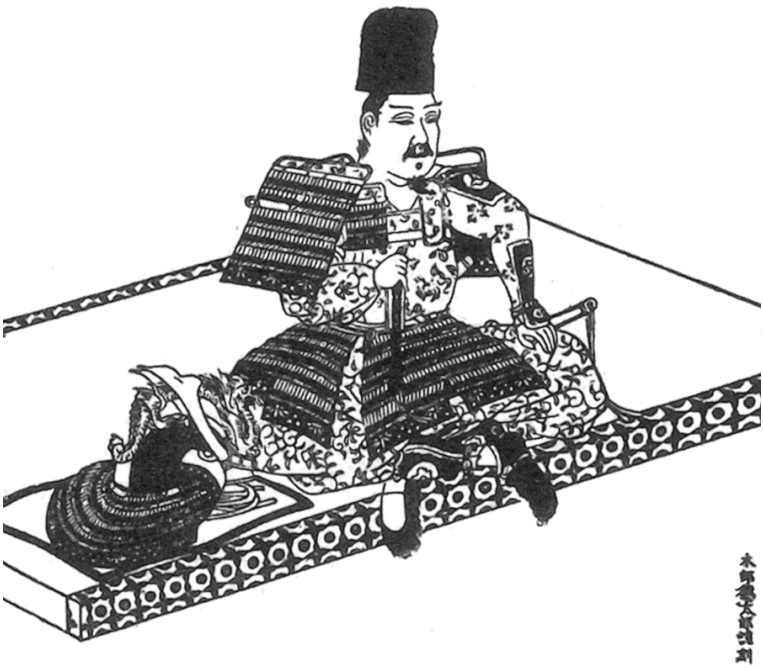
El taller de un espadero

Sus espadas eran tan fuertes que podía cortar un casco como si fuese un melón. Sus armas tenían sed de sangre. Se decía que los samuráis que poseían las malvadas espadas de Muramasa se volvían locos, incapaces de parar de matar, hasta que finalmente volvían las espadas contra sí mismos.

Según la leyenda, una manera de comprobar la diferencia de carácter entre las espadas de Masamune y las de Muramasa era poner una de cada, de pie, en una corriente de agua. Las hojas que flotaban en el agua evitarían la espada de Masamune, llegando de una pieza al otro lado. Sin embargo, se verían atrapadas sin remedio por la mortal espada de Muramasa y acabarían cortadas en dos.



Mujer Samurai del periodo Kamamura usando la Naginata



Minamoto Yoritomo, el primer sogún